

GUTIERREZ, Miguel. *La generación del 50: un mundo dividido. Historia y balance*. Lima: Ediciones Sétimo Ensayo 1, 1988. 287 p.

En el intento de rescatar una tradición de ensayistas que unen la reflexión sobre problemas y la acción para resolverlos, en la misma línea de José Martí, Manuel González Prada y José Carlos Mariátegui, entre otros, el escritor Miguel Gutiérrez nos entrega un estudio singular sobre la generación del 50.

Sin embargo, la perspectiva de su trabajo, claramente explícita en numerosos pasajes, puede más que sorprender: se enuncia desde "la perspectiva de un cambio radical abierto por la norma más alta de la lucha popular y que desde hace siete años viene conmoviendo los cimientos de la sociedad peruana" (p. 15). Y se enuncia así repetidas veces con frases en el mismo tono: "guerra popular", "cultura de nueva democracia", "capitalismo burocrático", "estado burgués-terratiente", "nuevo Poder de carácter democrático-popular", etc. Asimismo el uso recargado de información (Gutiérrez cita a más de 500 autores) refuerza la persuasión totalizante.

Podemos leer, en forma muy panorámica, este ensayo como un modelo reducido de control del discurso: un discurso que quiere acaparar una fuerza histórica determinada con fines políticos precisos, que quiere conjurar el azar y la pluralidad de los fenómenos culturales e históricos, explicándose la realidad; un discurso que sospecha de "academicismos" y "cientificismos" y se autodefine como "discurso libre que navega entre la literatura, la filosofía y la ciencia" (p. 16), que expone "de manera viva y vívida reflexiones, perplejidades o algunas certezas pensando en el lector común, no especializado, aunque sí amante de las aventuras del pensamiento y la imaginación: *Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, . ." (Ibid). En fin, un discurso lleno de estereotipos que se cree más cerca de la verdad, que se toma muy en serio, como Barthes califica al lenguaje estereotipado, "completamente desgastado y, a la vez, lleno de gravedad"¹.

El trabajo se divide en diez capítulos y un índice onomástico. Los primeros seis son breves y se refieren a ciertas continuidades discursivas que necesita la argumentación de Gutiérrez. En "Los caminos recorridos" se ubica a los integrantes de la generación del 50 en dos grupos: el primero, el más numeroso, "la gente que ha accedido al poder espiritual del país y, (. . .), han terminado por convertirse, como agentes de la continuidad histórica, en los intelectuales orgánicos de las capas medias (. . .) que han hallado cabida en la estructura general del Estado y de sus aparatos de ilusión y coerción de conciencias" (p. 19); y el segundo, el

1 BARTHES, Roland. "Escritores, intelectuales, profesores". En: *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces*. Barcelona, Paidós Comunicación, 1986, p. 321.

clave, "un intelectual de otro tipo el que luego de una larga etapa de estudio, preparación y trabajo en el anonimato iniciaría y vendría desarrollando esta gran perturbación histórica que es toda esta guerra revolucionaria y que ha escindido el Perú entre un pasado ya irrecuperable y un futuro cargado de potencialidades y un presente que lacera y fascina" (p. 20). Más adelante repetirá el mismo párrafo y explicitará su referencia a Abimael Guzmán (p. 252).

En el segundo capítulo, "Desencanto vital y extravío del mundo", encuentra los principios temáticos de agrupación: soledad y muerte que llevan a la "exorcización", "consolación" y "desesperación", o a la "amargura", "frustración" y "escepticismo", con sus correspondientes representantes.

En "Modernidad literaria e imperialismo" trata de relacionar "las condiciones de la crisis del Absoluto burgués" (p. 30) con los autores; el principio de agrupación del discurso, como unidad y foco de coherencia, que Gutiérrez usa para preparar el terreno de su argumentación es para Foucault un principio de enrarecimiento del discurso²: permite limitar el azar y la pluralidad del acontecer cultural "por el juego de una *identidad* que tiene la forma de la *individualidad* y del *yo*"³.

Pero es en el capítulo cuarto, "Las generaciones: un enfoque materialista", donde el compromiso de la simplificación alcanza su grado más "ejemplar". Sin una fundamentación sólida y con un juego de citas de autores y obras, Gutiérrez cree saber "dentro de qué límites y perspectivas se puede utilizar la categoría de Generación" (p. 35). Sin ninguna razón que lo apoye y con dos citas de Marx que en absoluto utilizan las nociones de "autor" ni "Generación", el ensayista se siente en condiciones de manejar un criterio operativo que nunca explicita y que permite escribir dichas nociones junto a las de clase social y lucha de clases.

El recurso a la historia es esquemático y globalizante como puede apreciarse en la quinta sección, "La segunda postguerra y la generación del 50". Sucesivas generaciones (del 900, del Centenario) enmarcan los proyectos políticos en pugna (el socialista y el aprista) y son matizados por semi-generaciones posteriores (del 32 y del 60) hacia una toma de conciencia.

En el sexto capítulo, "La generación del 50", Gutiérrez quiere hablar en nombre de los grupos no limeños, "intelectuales, artistas, hombres y mujeres en acción", "promociones" o "grupos vinculados por la edad o por coincidencias de clase y de centros de formación o por el credo estético que comparten" (p. 50). Bajo el subtítulo "Promociones y agrupaciones literarias" enumera a intelectuales de diversas áreas, a políticos y luchadores sociales, hasta llegar a Abimael Guzmán,

2 " . . . se pide que el autor rinda cuenta de la unidad del texto que se pone a su nombre; se le pide que revele, o al menos que manifieste ante él, el sentido oculto que lo recorre; se le pide que lo articule, con su vida personal y con sus experiencias vividas, con la historia real que lo vio nacer. El autor es quien da al inquietante lenguaje de la ficción/sus unidades, sus nudos de coherencia, su inserción en lo real."
FOUCAULT, Michel. *El orden del discurso*. 3a. Ed. Barcelona, Tusquets Editores, 1983, pp. 25-26.

3 FOUCAULT, op. cit., p. 27.

"el más odiado, el más satanizado, en suma, el más encomiado por la reacción (como en su tiempo lo fue Lenin, Mao, el propio Fidel Castro) con los calificativos más duros jamás impuestos a un adversario de clase, pero cuya significación histórica y real dimensión habrían de determinarlas el desarrollo y el resultado final de la guerra popular que a través del PCP conduce desde hace más de siete años" (pp. 51-52). Nuevamente la teoría del reflejo trata de explicar el carácter ideológico de la generación: su composición social. Otra vez "el reagrupamiento y la polarización clasista", "el proceso", "la trayectoria" para explicar la continuidad. Con la descripción del sistema "perfectamente sincronizado entre cultura y poder" (p. 55), dentro de herencias y como parte del proceso de modernización, la generación del 50 es vista como factor de renovación metodológica y artística, y de ampliación del mercado editorial.

Los capítulos más extensos del trabajo están dedicados a la poesía, la narrativa y el compromiso social de los principales miembros de generación.

Quizás valga la pena destacar la inconsistencia del ensayo en el uso persuasivo de sus criterios de clasificación y valoración literarias. Nuevamente estamos ante una multiplicidad de autores, influencias, tendencias, líneas, valoraciones dicotómicas (poesía social/intimista-hermética, narración realista/fantástica, revolucionario/reformista, etc.) que intentan dar cuenta de la complejidad cultural literaria. Pero la enumeración exhaustiva de nombres y el análisis ideológico esquemático más que una aguda mirada está siguiendo una estrategia persuasiva para explicar como una totalidad aprehensible la realidad. El lector no hallará citas bibliográficas (excepto una, la única en todo el libro que da cuenta de las fuentes que utilizó el ensayista para aproximarse a la figura de Abimael Guzmán, p. 252) ni bibliografía adicional. Todos los fragmentos de obras literarias que se citan apenas se distinguen por cursivas, negritas y comillas. Gutiérrez, hasta en lo formal de la comunicación escrita, lleva al extremo su espíritu "antiburgués", propiciando una inacción textual del lector: la autoridad del autor es suficiente garantía para considerar adecuadas las adjetivaciones, los juicios de valor y la manera de aprehender la realidad. Es más, la autoridad del autor se refuerza con los continuos "modelos ejemplares" de conducta que va presentando en su discurso argumentativo. Los autores narrativos que desarrolla con cierta extensión sirven para ejemplificar sus esquemas ideológicos con gran versatilidad: Vargas Vicuña, Zavaleta, Ribeyro, Gálvez Ronceros, Reynoso y Vargas Llosa.

En el penúltimo capítulo vuelve a estudiar a los miembros de la generación desde los diferentes modelos de compromiso social: la marginalidad y el exilio, lucidez y escepticismo, el intelectual y el poder, los francotiradores y la insurrección permanente, el retorno a la comunidad y la militancia partidaria. No es tan sorprendente notar cómo la argumentación toma un aire repetitivo, moralizador y emotivo en grado acusado en el tratamiento de las dos últimas formas de compromiso: La vida de Efraín Miranda es "todo un llamado para que intelectuales y artistas retornen o viajen hacia las zonas rurales andinas o costeñas, se establezcan en ellas e integrándose con las masas más pobres participen en la creación colectiva de una cultura nacional de Nueva Democracia" (p. 230), así como la militancia

partidaria es "la forma más alta, compleja y difícil de compromiso social" (Ibid). El paradigma o modelo de este compromiso sobrevalorado, para Gutiérrez, es sin duda alguna el líder de Sendero Luminoso. Después de una minuciosa y anecdótica nota biográfica de Abimael Guzmán, la argumentación remata con el siguiente raciocinio: ". . . si los militantes aceptan su liderazgo no lo hacen por imposición autoritaria, sino por la corrección de su pensamiento y la coherencia entre el ser y el pensar" (p. 263).

Gutiérrez ensaya en el último y breve capítulo unas "Reflexiones finales"; hace un recuento de sus continuidades discursivas reforzando el carácter utópico de la persuasión discursiva: los que "siguieron una trayectoria distinta y marginal a la de sus coetáneos de Lima están llevando a cabo la ruptura más radical con el pasado en toda la historia del Perú" (p. 266); son los que retornan a su comunidad natal o los que militan en la línea revolucionaria. "Desde esta perspectiva se abre un destino brillante, aunque no carente de dificultades, para los escritores, en especial los jóvenes orientados desde su adolescencia hacia el cosmopolitismo a través de una propaganda sostenida contra las estrecheces de los 'nacionalismos culturales' " (p. 268).

El ensayo de Miguel Gutiérrez no pretende otra cosa que "orientarnos en esta época de crisis y esperanzas" (p. 270), ordenando los diversos discursos sociales según una axiomática ideológica autodefinida como maoísta. Es urgente comprender la realidad y priorizar en la estrategia "razones y sentimientos más altos que los de la amistad" (p. 269). Para acentuar la gravedad del discurso, hace una exhortación a los intelectuales que "pertenece o deben pertenecer y reintegrarse al campo popular y democrático" (Ibid).

El lector puede aceptar esta comunicación vertical, reforzada por repeticiones y esquemas que funcionan eficazmente en el imaginario social. Por ello no nos debe llamar la atención que podamos detectar estereotipos de la ideología hegemónica en el mismo discurso argumentativo de Gutiérrez, como el de aceptar implícitamente que por cultura se entiende la producción y el consumo de libros y otras obras de arte. Además la crisis actual puede actuar de verificador de la argumentación.

El lenguaje autoritario es un fenómeno social que la crítica literaria debe estudiar en su real marco ideológico, si es que quiere entender el funcionamiento del actual campo literario. De allí que el ensayo de Gutiérrez no sea un simple discurso esquemático y estereotipado, sino también un intento de explicación convincente, una lectura ideológica de la producción literaria en el Perú. Su posible éxito comunicativo nos hace pensar en las limitaciones de nuestra comunidad interpretativa para combatir el autoritarismo. Gutiérrez propicia, con su discurrir, la anulación del lector crítico y la sacralización del autoritarismo político.

Roberto Forns Broggi